

# La universidad hacia la democracia



**UNCUYO**  
UNIVERSIDAD  
NACIONAL DE CUYO

# La universidad hacia la democracia

---

Bases doctrinarias e históricas  
para la constitución de una pedagogía participativa

Arturo Andrés Roig

Con prólogo de Daniel Prieto Castillo

EDIUNC Mendoza, 2023

Roig, Arturo Andrés  
La universidad hacia la democracia: bases  
doctrinarias e históricas para la constitución de una  
pedagogía participativa | Arturo Andrés Roig. -1ª ed.-  
Mendoza: EDIUNC, 2023.  
312 p.; 23 × 15 cm - (Arturo Roig ; 1)

ISBN 978-950-39-0413-8

1. Filosofía Clásica. 2. Educación. 3. Pedagogía. I.  
Título.  
CDD 378.001

---

La universidad hacia la democracia.  
Bases doctrinarias e históricas para la constitución  
de una pedagogía participativa

Arturo Andrés Roig

Segunda edición, Mendoza, 2023  
COLECCIÓN ARTURO ROIG  
ISBN 978-950-39-0413-8

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723  
© EDIUNC, 2023  
<http://www.ediunc.uncu.edu.ar>  
[ediunc@uncu.edu.ar](mailto:ediunc@uncu.edu.ar)

Impreso en Argentina · *Printed in Argentina*

Nota de edición. Al reeditar esta obra, se actualizó la ortografía de acuerdo con las nuevas normas propuestas por la RAE y se adaptó, siempre que fue posible, el uso de los recursos bibliográficos y de citación a las pautas editoriales de Ediunc. Sin embargo, hubo casos en los que fue imposible reponer todos los datos bibliográficos. Además, en las citas literales de otros autores, se han mantenido las acotaciones originales de Roig, con la intención de respetar su estilo.

## DOS PALABRAS

---

Todas estas páginas que tal vez recorras, lector, expresan una entrega y una pasión, iniciadas ambas cuando aún no doblaba el siglo, allá por 1940. Ellas son testimonio de los ideales desde los que con Irma Alsina, mi esposa y compañera de sueños y esperanzas, hemos mirado el mundo y, sobre todo, este, el de nuestra América.

# Arturo Roig: el optimismo y la esperanza pedagógica

«Hemos vivido momentos en que creíamos que la historia nos estaba pasando por encima. Sin embargo, no hemos perdido ese optimismo, es un optimismo, diría yo, recalcitrante, un optimismo a pesar de todo que se apoya, a lo mejor, en cosas muy simples, en el hecho de que seguimos viviendo, de que podemos seguir luchando, de que se pueden seguir diciendo las cosas que se piensan... No hay nada, desde el punto de vista científico y epistemológico, que me pueda probar a mí que las oportunidades se han terminado».

Son palabras de Arturo Roig tomadas de una entrevista que le hizo Javier Pinedo de la Universidad de Talca. Si comienzo por ellas es porque la obra toda, y la vida toda, de nuestro querido amigo se ha sostenido siempre en ese recalcitrante optimismo que traducimos aquí con otras palabras: una recalcitrante, preciosa esperanza. Cuando a uno la historia parece pasarle por encima es posible que orille en algún momento la desesperación, pero hay un aliento vital, ese optimismo, que no permite abrir los brazos a la desesperanza.

Mi relación con Roig comenzó a los 19 años, cuando cursé con él Filosofía Antigua, hacia 1963. Pero lo conocía desde antes, desde los 14 años por lo menos, cuando lo veía entrar día tras día a la Biblioteca San Martín (donde viví parte de mi adolescencia) para pasarse horas inclinado sobre colecciones de diarios. Por entonces se apropiaba con tenacidad de la historia y de la cultura mendocinas y, a la vez, incorporaba a su reflexión y a su práctica educativa

la filosofía antigua. Raíces cercanas y raíces profundas, que de ellas nos nutrimos los seres humanos.

Pero vuelvo a mis estudios de filosofía. Por entonces, trabajaba yo de maestro en Lavalle y andaba a la búsqueda de alternativas pedagógicas. Algo sucedía en ese primer encuentro. Arturo Roig daba sus clases, verdad, pero, a la vez, nos iba abriendo espacios para la palabra, no la que reitera lo dicho por otros, sino la nuestra. Un buen día me encontré opinando sobre el estilo de Platón, sobre sus juegos casi retóricos con la palabra, sobre su tremenda dimensión poética y terminé rindiendo la materia arrancando del *Parménides* y terminando en *El Sofista*.

Eran los tiempos de la facultad en el edificio de calle Las Heras. Como no nos habían tocado los alientos ni los desalientos de fin de siglo, vivíamos construyendo día a día, embriagados de futuro y de optimismo.

En 1964, como tarea paralela a los cursos de la carrera, Roig invitó a un grupo de estudiantes a un seminario sobre textos de Platón. La palabra era esa: seminario. Hicimos, a lo largo de meses, un ejercicio de interpretación de textos desde nuestro tiempo y desde una percepción de la historia. Un año más tarde vino otro seminario, esta vez sobre la Filosofía de la historia de Hegel, con el cual pudimos recrear el enorme aporte de ese filósofo a nuestro pensar.

Cuando releo en este libro un texto que conocí en el original, «Hablemos de pedagogía universitaria» (1967), recupero lo que fueron aquellos encuentros: «La pedagogía universitaria es la conducción del acto creador, respecto de un determinado campo objetivo, realizado con espíritu crítico entre dos o más estudiosos, con diferentes grados de experiencia respecto de la posesión de aquel campo».

Y la base de esa pedagogía es, en las ciencias sociales y las humanidades, el seminario, espacio de encuentro en el que la transmisión de información cede paso a la construcción de saber. Me interesa subrayar lo de «con diferente grado de experiencia respecto de la posesión de aquel campo». Las palabras son preciosas porque quien atesora mayor experiencia es quien conduce el acto creador. El mayor grado de experiencia no se lo regalan a nadie. Supone una tarea de apropiación de ese campo, y de otros, para estar en la posición de conducir el acto creador. Primera exigencia a una pedagogía y a un pedagogo: ampliar siempre su cultura, no dejar de indagar, de crecer en su campo.

Muchos años más tarde de aquellos encuentros, a partir de la propuesta de *mediación pedagógica* que hicimos en 1991 con Francisco Gutiérrez, hablé de la

necesidad de mediar con toda la cultura. Digámoslo por la negativa: cuando más estrecha es la apropiación, la recreación y la creación cultural de un educador más desarmado está para conducir un acto creador.

He visto crecer a Arturo Roig con un vigor sin márgenes desde 1963 hasta la fecha. Esa expresión se usa para los niños, pero vale también, y de manera exacta, para la comprobación de un crecimiento intelectual y cultural que arranca en las raíces cercanas y profundas y se abre sin pausa a las que nos sostienen desde América Latina.

Si nuestros seminarios de estudiantes se nutrían ya de una mediación cultural amplia, los de hoy (Roig no abandonó nunca ese recurso pedagógico) permiten poner en juego una sabiduría cimentada en la propia obra y en el constante diálogo que nuestro amigo mantiene a escala continental.

El seminario no se improvisa, requiere de la tensión entre quien conduce, los textos y los contextos tratados y la creación de quienes vienen a él para aprender y aportar lo suyo. Ni el igualitarismo mal entendido ni una palabra sacralizada. El diálogo, entonces, con lo que cada quien puede volcar en él.

Y si la pedagogía universitaria requiere de una experiencia semejante, su otra base es la confianza en el otro, en quien llega con la voluntad de aprender y de crecer. No son casuales en este libro (y en la trayectoria intelectual de Roig) los textos dedicados a insistir en el papel de los jóvenes en su propia educación.

Por eso, planteará nuestro autor desde toda su vida intelectual la necesidad de acercarse a los jóvenes, de dejar de lado la actitud paternalista, de tratarlos como ciudadanos, de deponer desconfianzas y abrirse a sus inquietudes, de permitirles expresarse y no tener miedo a lo que expresen.

En 1973 escribía Roig su artículo «Las relaciones educativas desde el punto de vista de una pedagogía de la liberación», en el que distingue una *filosofía de la mismidad* (el padre o el educador entendidos como modelos inmodificables, como una totalidad a repetir) de una *filosofía de la alteridad*, caracterizada por una pedagogía activa. Si la pedagogía no puede ser pensada sin la filosofía, hay que preguntarse siempre desde qué filosofía la pensamos. Y ello significa el reconocimiento de un pensar que permite el crecimiento y la palabra del otro. De lo contrario caemos en una pedagogía de la imposición, en la que importa solo repetir lecciones y modelos.

El filósofo pedagogo, cuando lo es, logra una maravillosa conjunción entre el pensar y el actuar. Si uno crea obra y a la vez la enseña, y si esa obra se orienta a abrir alternativas para apropiarse del contexto y crear y recrear la propia cul-

tura, lo más coherente es que la pedagogía basada en aquella se oriente a ofrecer el espacio y el ambiente para que el aprendizaje sea construcción de cultura y de uno mismo. Arturo Roig plantea que la clave de una propuesta semejante es la lucha contra la alienación y en favor del crecimiento espiritual y material del hombre.

Un filósofo pedagogo, la historia lo muestra insistentemente, arriesga siempre una propuesta política. Roig arriesgó la suya en 1973-74 como secretario académico de la Universidad Nacional de Cuyo, en tiempos que preludiaban años terribles para nuestro país. Política universitaria, política al fin, a través de una propuesta de organización de la educación superior en unidades pedagógicas con corresponsabilidad de docentes y alumnos por el proceso de enseñanza-aprendizaje, en la búsqueda de la ruptura de los límites de la cátedra tradicional, de la integración de docencia, investigación y servicio y del logro de la interdisciplinariedad.

La experiencia duró poco, pero sus consecuencias para quienes participamos en ella se extendieron por años. Arturo Roig fue privado de su cátedra, incorporado a listas negras y condenado al exilio.

Diría así nuestro amigo años más tarde, refiriéndose a los partícipes en aquel proyecto: «el nivel incuestionable de quienes fueron expulsados y perseguidos por gentes que consideraban que los viejos ideales de la escuela activa, remozados con el despertar de una generosa defensa de lo propio, eran parte de la subversión».

Fueron los tiempos en que la vida parecía pasarnos por encima. Compartimos con Arturo Roig los primeros años del exilio en México, nos unimos para combatir palmo a palmo la desesperanza.

No escribo estas líneas para reconstruir la historia. Recuerdo solo que de México pasó a Ecuador, donde con un equipo de jóvenes estudiosos de ese país produjo una verdadera revolución en el estudio del pensamiento, tanto por el rescate de quienes forjaron la cultura como por la labor de interpretación y de recreación. Luego la justicia de nuestro país le devolvió su cátedra y regresó a Mendoza en 1984, donde lleva más de doce años en una labor plena de vigor y de entusiasmo.

De la lectura de este libro rescato la continuidad de un esfuerzo y la coherencia con un pensar y un proceder pedagógico a lo largo de toda una trayectoria intelectual. No es casual que continúe Roig trabajando a través del seminario, ofreciendo ese espacio para la formación de jóvenes venidos de distintas

ramas de la ciencia. Tampoco lo es que mantenga su actitud crítica y su constante lectura de la realidad contemporánea, manifestada en artículos, libros, conferencias y en la participación en encuentros nacionales e internacionales.

Y el objeto de reflexión y la crítica se refleja en esta obra en el abordaje a la cuestión universitaria, a través de la recuperación de antecedentes de aquellos a quienes tanto debemos, en artículos como «Los ideales bolivarianos y la propuesta de una universidad latinoamericana continental», «Deodoro Roca y el Manifiesto de la Reforma de 1918» y «La reforma universitaria en los países hispánicos y las ideas pedagógicas de Francisco Giner de los Ríos», para rematar en dos materiales que muestran todo su vigor en el terreno de las ideas: «Sentido y arquitectura de la universidad» (1989) y «La universidad en el año 2000», conferencia pronunciada con motivo de la ceremonia de entrega del doctorado *honoris causa* por la Universidad Nacional de Río Cuarto. En el primero, nos dice que la universidad es el conjunto de los docentes y estudiantes y el conjunto de los estudios; valen igual los estudiosos como los estudios. En el segundo, Roig muestra toda su comprensión de los tiempos que corren al denunciar una restauración a nombre de una globalización anclada en la autorregulación de la sociedad a través de la autorregulación del mercado, ideología para la cual bien puede haber buenos resultados económicos, aun cuando los resultados sociales resulten desastrosos. Frente a un fundamentalismo liberal tecnocrático propone los conceptos de resistencia, emergencia y democracia como axiales para una lectura heterodoxa de este fin de siglo. Resistencia como afirmación de la libertad, emergencia de la sociedad civil ante el intento de crear al consumidor indiferenciado frente a la lógica del mercado, democracia como algo clave para abrirnos al nuevo milenio con fundamento en los derechos humanos.

En este panorama, afirma, le toca a la universidad constituirse en una institución moral y mantener el ejercicio de la crítica. Una institución formadora de ciudadanos con una moral basada en los derechos humanos. Una universidad que espera el milenio sin milenarismos.

Asistimos hoy, y desde hace ya años, a la plena, espléndida madurez de uno de los intelectuales más importantes que ha dado nuestra provincia. A ella ha llegado Roig a través de un esfuerzo nunca interrumpido y de una capacidad creadora abierta a todos los horizontes científicos y humanos.

En la medida que recoge materiales de distintos momentos de la vida de nuestro autor, estamos ante un libro testimonial, tanto de una larga y com-